Peronismo

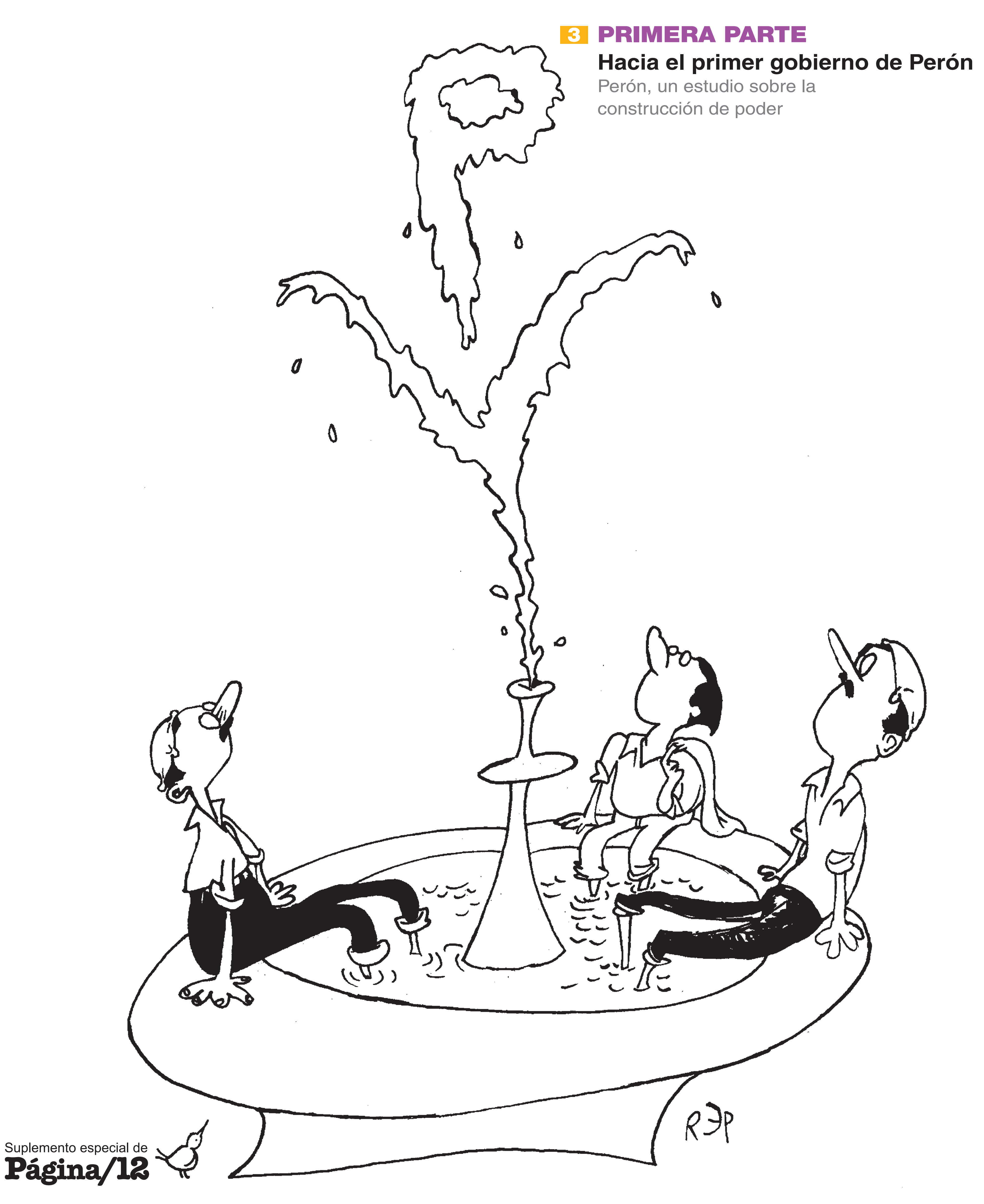
José Pablo Feinmann

Filosofía política de una obstinación argentina

3 **PRIMERA PARTE**

Hacia el primer gobierno de Perón

Perón, un estudio sobre la construcción de poder



Suplemento especial de
Página/12

BORGES: EL "POEMA CONJETURAL"

Era parte de esa oligarquía. Sostenía su visión de la historia, señalaba sus linajes en ella (Laprida, dice, es pariente suyo), prefería a Sarmiento antes que a José Hernández y creía que elegir al primero y no al segundo (como cree que se eligió) habría cambiado el destino de la patria: tanto creía en el poder de los libros, odió toda su vida al peronismo, hizo de ese odio una estética, buscó siempre el *lugar* en que el odio estaba y ahí se puso, escribió, con Bioy, *El matadero* del peronismo y lo tituló *La fiesta del monstruo*, dijo, por fin, que los peronistas eran incorregibles. Lo eran tanto como lo era él: su pasión antiperonista sólo podía medirse con la pasión de los peronistas por sí mismos. Los odió tanto como ellos odiaron a la clase social que lo cobijaba y a la que defendió siempre. Expresó, como pocos, la hoy todavía vigente, todavía paralizante, todavía mecanicista, maniquea, toscamente dual, binaria y simplificante contradicción peronismo-antiperonismo. Con todo, en uno de sus poemas, fue más allá de sí mismo, de su ideología, de los códigos de su clase, de su amor por la Civilización *alla* Sarmiento, de su odio por los gauchos. Un poeta –como todo verdadero artista– se excede a sí mismo. Supera, en su arte, sus limitaciones conceptuales, sus odios ciegos, los condicionamientos lineales de su inserción de clase, los mandatos paternos. O, en el caso que nos ocupa, maternos, porque sólo a Ella solía escuchar y hasta obedecer, a Madre, como Norman Bates. Jorge Luis Borges –de él, se habrá ya advertido, estamos hablando– escribió ese poema que lo llevó más allá de sí mismo, que lo tironeó hacia la más honda comprensión de la patria a la que un argentino haya accedido, al punto exquisito en que la totalidad se constituye, en que la comprensión se conquista, en que el *todo* se torna traslúcido porque todas las partes confluyen en él, explicándose, en un poema que escribió el 4 de julio de 1943, puntualmente un mes después del golpe de junio, el del GOU, el que abre la senda tumultuosa que el peronismo habrá de transitar.

Se trata del "Poema Conjetural", que Borges publica en *La Nación*. Ocupaba la presidencia el general Pedro Pablo Ramírez. Una señora de la misma clase social de Georgie o a la que Georgie deseaba pertenecer aunque sólo fuera como un miembro de escaso patrimonio, con pocos campos, sin estancias ni peones pero sin duda con un deslumbrante talento, la señora María Esther Vázquez, que fue su amiga, entre tantas que tuvo este hombre que les temía a las mujeres pero no podía vivir sin ellas, escribió una especie de biografía en la modalidad entretenida, chispeante, liviana y rencorosa del chisme. En ella, del "Poema Conjetural", escribe: "Resultó, de un modo misterioso, profético en cuanto a la conducta que asumiría el posterior régimen fascista, encarnado en la figura de Juan Domingo Perón. Perón empezaría a asolar el país meses después, cuando se hizo cargo del Departamento Nacional del Trabajo, transformado en la Secretaría de Trabajo y Previsión, desde donde empezó a desarrollar una tarea demagógica que, entre otras cosas, llevaría al país a décadas de odio. Se puede considerar al 'Poema Conjetural' como una pieza 'política' en la que se denunciaba un pasado que –Borges no podía imaginarlo– sería una forma de futuro. Tras el advenimiento del peronismo se hizo consciente esta peculiaridad del poema, cada vez más próximo a nosotros, siempre acorde con el 'destino sudamericano' de incultura, de barbarie, de befa y de muerte que incluye, por supuesto, a la tristemente conocida época del Proceso, entre 1976 y 1983" (María Esther Vázquez, *Borges, esplendor y derrota*, Tusquets, Barcelona, 1996, p. 180). Se trata de una muy pobre interpretación del "Poema Conjetural". María Esther llama "régimen fascista" al gobierno de Perón y, al hacerlo, nos revela el sello que para las clases pudientes –por decirlo así– tenía ese gobierno. "Fascista" expresa también el esquema "aliadófilo" con que se empezó (y se siguió en la mayoría de los casos) interpretando al peronismo. La "tarea" que realiza Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión es "demagógica". Y lleva a "décadas de odio". El problema que plantea el esquema de Vázquez radica en la pobreza de su interpretación de la "barbarie". O de lo que Borges –y ella lo retoma– llama en su poema su "destino sudamericano".

Para Vázquez, el "destino sudamericano" expresa la incultura, la barbarie, la befa y la muerte. Su enfoque es cerradamente sarmientino. Cerradamente *Sur*, la revista donde se concentraba el odio al peronismo y a la "barbarie" del siglo XIX. Es notable que María Esther –en el fondo: una buena señora– extienda "a la tristemente conocida época del Proceso" la presencia del peronismo y de la barbarie gaucha. En septiembre de 1975, en la celebración que todos los años (ignoro si esto sigue ocurriendo) hacían de la Revolución Libertadora quienes habían luchado en ella o sus familiares o sus continuadores, está presente el Almirante Rojas, el mismo que en los noventa se abrazará con el caudillo federal peronista y bárbaro Carlos Menem. En 1975 todo era distinto. Había que alimentar el clima para el golpe militar. Había que liquidar al gobierno de la heredera de Perón, hombre de dejar herencias incómodas y hasta belicosas. Se reúnen, por tanto, los entusiastas de la Libertadora y el acto se lleva a cabo. Hay –coherentemente– vivas a Rojas, a Aramburu y hay también vivas a otro personaje que, si bien no participó de la Libertadora, pareciera haber actualizado su credo en otro septiembre, no un dieciséis sino un once. Repetidamente, a toda voz se grita: "¡Viva Pinochet!" El cronista del diario *La Opinión* (cualquiera puede verificarlo en la edición del 17 de septiembre del '75) escribe: "Eso revela lo que le espera al país si esta gente se adueña del poder". *Sí*: esa gente se adueñó del poder. El Proceso de Reorganización Nacional se llamó de ese modo por inspirarse en la Organización Nacional que el país emprende después del triunfo de las clases ilustradas en Caseros y de la consolidación de la misma en el ochenta, con Roca conquistando el desierto, eso que, muy acertadamente, David Viñas, para marcar a fuego el genocidio indígena, llama "la segunda conquista de América".

TIEMPOS INTERESANTES

Conducido por los misteriosos arcángeles de la poesía, Borges supera el odio de su clase, de su grupo de pertenencia, de Madre y de las señoras con que tomaba el té, y entrega la comprensión más honda (o, sin duda, una de ellas) de este indescifrable, fascinante país. (*Nota:* Digo "fascinante" porque ser argentino es, si no ser chino, padecer la más impecable de sus maldiciones. No hay nada peor que una "tortura china" o una "maldición china". De las "maldiciones" arriesgo que la más elaborada, sabia, esa que expresa más que todas un añoso y hondo conocimiento de la existencia humana, es la que dice: "Te deseo que vivas tiempos interesantes". A su autobiografía, Eric Hobsbawm la tituló: *Tiempos interesantes*. Son los peores. Los que no dan paz ni tregua. Los tiempos del sonido y de la furia. De la muerte. Sostengo que todos o casi todos los tiempos de este país que llamamos "nuestro" han sido *interesantes*. Que ninguno dio respiro. Que si de "primaveras" se habla uno recuerda dos: la de Cámpora y la de Alfonsín. Luego, el frío de las "crueles provincias". La estética del degüello. La mazorca federal. Los unitarios de Estomba y de Rauch atando a los enemigos a los cañones y ordenando disparar. La "guerra de policía" de Mitre. La Semana Trágica. La Patagonia Trágica. La Triple A: capucha y zanja. La ESMA: la tortura en tanto "tarea de inteligencia". Las contraofensivas montoneras que arrojaron a la muerte fácil pero infinitamente despiadada a tantos combatientes que debieron haber hecho otra cosa, ésa que decía Walsh: *acompañar el reflujo de masas*. Todo esto que desordenadamente digo es para decir que hemos vivido inmersos en una "maldición china": la de los *tiempos interesantes*. ¿Por qué uno está escribiendo sobre la historia del peronismo, indagando su filosofía política? ¿Por qué un diario la publica? *Porque la historia del peronismo es malditamente interesante*. De donde podríamos extraer nuestra primera definición del peronismo: todo él es, como el país, una maldición china. Sigamos.) El poema se plantea como un monólogo interior de Francisco Laprida, "asesinado el día 22 de septiembre de 1829, por los montoneros de Aldao" (Jorge Luis Borges, *Obras Completas II*, Emecé, Buenos Aires, 1996, p. 245). Es curioso: pero uno no puede sino pensar que todo es todavía más complicado de lo que es. Hoy, cuando los diarios se leen por Internet, imaginemos a cualquier extranjero en cualquier lugar del mundo con un razonable interés por la historia de este país. Luego de leer el párrafo de Borges que cité (ése: que Laprida fue asesinado el 22 de septiembre de 1829 por los montoneros de Aldao) el buen hombre se pregunta: "¿Cómo, los Montoneros ya mataron a un tal Laprida en 1829?" No, a Laprida lo matan los montoneros de Fray Félix Aldao, un "bárbaro" cuya biografía escribirá el "civilizado" Sarmiento, que se desvivía por las vidas azarosas de estos hombres que odiaba. Borges elige al perfecto protagonista que necesita para su poema: Francisco Narciso de Laprida fue quien declaró la independencia de esta patria tramada por los antagonismos. Y el montonero que lo derrota (un ex fraile, a quien también matarán) le entrega, a la vez, una certeza inesperada. Sarmiento, al narrar la muerte de Aldao, dice que alguien le reprocha las desgracias que le propinó a su patria. Y que Aldao responde: "También le di días de gloria". No podemos saber si uno de ellos fue el que culminó con la muerte de Laprida, pero es probable y hasta más que eso. "La victoria es de los otros", verifica Laprida en tanto "se dispersan el día y la batalla". Y añade: "Vencen los bárbaros, los gauchos vencen". Es el triunfo de la barbarie sobre la inteligencia. El colonialismo siempre se adjudicó el valor de la Razón. En la Argentina, los grandes textos colonialistas fueron escritos por la burguesía ilustrada. El mariscal francés Bougeaud conquistó Argelia y libró batalla contra todos los insurrectos que defendieron su territorio. Su lema fue: "Combatir a la barbarie con la barbarie". En una de sus acciones quemó vivos a quinientos argelinos. Sarmiento lo admiraba. En sus textos de viajes no dejaba de mencionar su crueldad y su decisión de batir a los bárbaros con sus propios métodos, algo que aquí, también para admiración de Sarmiento, hizo el coronel Ambrosio Sandes. No obstante, aquí no hubo algo similar al general Bougeaud. Se le hizo la guerra a la barbarie con la barbarie, pero el país había declarado su independencia. Es Narciso de Laprida, precisamente, quien lo hace. Al ser el país independiente la tarea de "conquistarlo", de erradicar a la barbarie, de hacerle la guerra "con la barbarie" cae en los círculos ilustrados, que son los que se ligan a Europa comercial y culturalmente. Nuestro general Bougeaud es Sarmiento, es Mitre, es Roca. O lo fueron los lugartenientes de Mitre que dirigieron y protagonizaron la "guerra de policía" que se les hizo a las provincias después de Pavón: Sandes, Irrazábal, Paunero. Un Edward W. Said, en la Argentina, no tendría que rastrear los textos colonialistas en los escritores del Imperio. Ni en Dickens ni en Jane Austen ni siquiera en la *Aída* de Verdi. Al ser, desde 1810, un país poscolonial, la Argentina dio a luz a sus propios escritores colonialistas. Seré, por el momento, breve: todos los escritos que justifican la necesariedad de la penetración de la razón europea en el país son textos colonialis-

tas. Esto no es "revisionismo histórico". Me refiero a otra cosa: la racionalidad europea –la que nace con Descartes y se consolida con la razón iluminista y se fortalece en Nietzsche en tanto *voluntad de poder*– ha sido puesta en el banquillo de los acusados por la mayoría de las corrientes de la filosofía. O como razón instrumental que se apropia de la naturaleza y lleva ese dominio, luego, al de los hombres. O en tanto sofocamiento de los instintos para crear una cultura del malestar. O en tanto razón que instaura la injusticia de clases. O el colonialismo. O (como dice Heidegger en su célebre párrafo final de *La frase de Nietzsche* "Dios ha muerto") como "la más tenaz adversaria del pensar". O, como en Walter Benjamin, la razón que ha construido una historia de ruinas, una historia-catástrofe ante la que se horroriza el Angelus Novus. O, como en la Escuela de Frankfurt, la razón capitalista burguesa que lleva de las certezas de la Ilustración a los campos de exterminio.

El *Facundo* de Sarmiento es el más grande de nuestros textos colonialistas. El más notable y hasta genial esfuerzo para demostrar que la racionalidad europea era el Progreso, la Civilización. Este esquema va a seguir y va a penetrar también a las interpretaciones del peronismo. No queríamos sino dejarlo planteado desde ahora. Desde aquí: en que tenemos a Laprida, el ilustrado, a punto de morir a manos de los bárbaros de Aldao, el montonero. "Yo –piensa Laprida–, que estudié las leyes y los cánones." Él, el hombre de razón, el que representa los intereses de la cultura, que es, desde luego, la cultura de los cánones, de las leyes, huye sin esperanzas hacia el Sur, "por arrabales últimos". La palabra "arrabal" es anacrónica (no había "arrabales" en 1829) pero plenamente borgeana. Expresa la periferia, lo que se aparta de la civilización. En suma, el Sur. Este territorio es, en Borges, el territorio de la barbarie. Su mejor cuento (es sólo mi opinión) se llama así: "El Sur". Y la historia es también la de un hombre de la ciudad, un hombre de libros, tal vez el mismo Borges, un hombre llamado Juan Dahlmann que sale de una clínica luego de una larga postración y se dirige hacia el Sur. Entra en un Almacén y lo provocan unos muchachones. Un viejo, que es una cifra del Sur, le hace llegar un puñal, para que pelee. Dahlmann sabe que si agarra el puñal es hombre muerto: está, todavía, débil, no podrá pelear. Vagamente piensa: en la Clínica no habrían permitido que esto me pasara. Sin embargo, agarra el cuchillo y sale a pelear. Va a morir acometiendo y a cielo abierto. Va a morir inmerso en la cultura bravía del Sur. Borges, no tan secretamente como suele suponerse, sino con claridad, con lucidez, amaba el Sur. El Sur era lo Otro. Amaba su Otro. Su Otro lo completaba. No pretendo decir nada original con esto. También podría sugerir unas disculpas por si alguien se incomoda ante la palabra "Otro" escrita así: con mayúscula. Pero necesito desarrollar estos temas. Si la filosofía política que vamos a instrumentar se basa en el antagonismo amigo-enemigo acordemos que la palabra "Otro" tiene relevancia. El "amigo" es el Otro del enemigo. El "enemigo" es el Otro del amigo. Volvemos a Laprida: huye hacia el Sur, donde Dahlmann murió de cara al sol y sobre la tierra, en territorio ajeno. "Oigo los cascos/ de mi caliente muerte que me busca/ con jinetes, con belfos y con lanzas", piensa Laprida. Y su muerte, sabe, está cerca, ya sobre él. "Yo que anhelé ser otro, ser un hombre/ de sentencias, de libros, de dictámenes/ a cielo abierto yaceré entre ciénagas." Pero algo inesperado sucede: un hecho extraordinario. "Me endiosa –piensa Laprida– un júbilo secreto." ¿Cuál es? ¿Cuál es el "júbilo secreto" del hombre de libros, de dictámenes? "Al fin me encuentro con mi destino sudamericano." Como Dahlmann: pelear ahí, en la llanura, con un cuchillero que, sabe, lo matará, completa su figura, entrega densidad a su destino, dibuja su totalidad impensable sin ese duelo. "Al fin –piensa Laprida– he descubierto la recóndita clave de mis años. (...) En el espejo de esta noche alcanzo/ mi insospechado rostro eterno. El círculo/ se va a cerrar. Yo aguardo que así sea. (...) Pisan mis pies las sombras de las lanzas/ que me buscan. Las befas de mi muerte,/ los jinetes, las crines, los caballos,/ se ciernen sobre mí... Ya el primer golpe,/ ya el duro hierro que me raja el pecho,/ el íntimo cuchillo en la garganta". El "íntimo cuchillo" cierra el círculo. ¿Por qué ese cuchillo es "íntimo"? Porque ese cuchillo es el de la barbarie. Y ese cuchillo lo completa a Laprida. Totaliza su figura de sudamericano. Morir así, a manos de la barbarie, no lo hace perder su condición de ilustrado, pero le señala el territorio en que vive: es un sudamericano como los gauchos que lo ultiman. No hay Civilización y Barbarie. Hay una geografía urdida por los cánones y los jinetes, las crines, los caballos. Este hombre culto, este hombre a la europea no es un europeo. Un europeo no muere así. "En arrabales últimos." El cuchillo es "íntimo" (*gran adjetivo borgeano*) porque *totaliza* su identidad. Como hombre de libros y sentencias Laprida era una parcialidad. El cuchillo de la montonera lo entrega a la historia áspera, bárbara del país que habita. El círculo se cierra. Ahora, él, Laprida, es una totalidad, la barbarie ha hendido, ha rasgado con su puñal el pecho del civilizado, haciéndolo suyo.

Como vemos, el *Poema conjetural* va más lejos del golpe del '43 y de todas las burdas interpretaciones sobre el antiperonismo de Borges y de su profética visión de la "barbarie peronista". Civilización y barbarie se diluyen en el poema, son categorías desleídas, moribundas o definitivamente muertas. Nadie ignora que Borges habrá de ejercer luego un apasionado antiperonismo. Aprobará los fusilamientos del '56. Hará todos los rituales del odio de clase. Pero –aquí– en este poema luminoso, la contradicción que estructura este país se conjura en una totalidad que las contiene a ambas. El *Poema conjetural* es el *aufhebung* a la contradicción Civilización/Barbarie. Su totalización superadora. Ser argentino es ser hombre de cánones y hombre de cuchillo y de cielo abierto. Si el cuchillo del montonero le es "íntimo" a Laprida es porque completa su figura. *No se es sudamericano sin incluir al otro, al bárbaro, al diferente.*

Algo cuya infrecuencia será agobiante. Aún hoy la contradicción está. Cuando la candidata de la Coalición Cívica habla del voto lúcido, ilustrado de los "centros urbanos" y propone marchar al rescate de "nuestros hermanos los pobres" apresados por el clientelismo peronista retrocede a los tiempos de "El Matadero" echevarriano. Sin el talento de Echeverría. El sistema de libremercado –que sigue funcionando– crea una y otra vez, sin cesar, espacios de "barbarie". El "bárbaro" es el que no pertenece a la centralidad, a la polis, a la civitas. El "bárbaro" es el que está afuera y su verdadera peligrosidad reside en su deseo de "entrar". La civilización es todo aquello que la barbarie no es. La barbarie es todo aquello que no es la civilización. Si Roma sucumbe ante la barbarie es porque ésta la ha penetrado. *No hay mayor amenaza para la civilización que la amenaza de la barbarie.* O la civilización elimina la



barbarie incluyéndola, es decir, incorporándola a la civilización. O la elimina por medio de la guerra, exterminándola. Actualmente la única medida que parece tomar el Imperio es destruir a los bárbaros, ya que no puede incorporarlos. Pero los bárbaros amenazan doblemente al Imperio: A) Quieren entrar en él. Sobrepoblarlo. Algo que el Imperio vive en el modo de la *invasión*. B) Los bárbaros atacan al Imperio por medio del terrorismo.

De esto estamos lejos. Volvemos a la sociedad argentina del cuarenta. Ahí, Borges escribe el *Poema conjetural*. No hay verdadera civilización si no se le entrega la complejidad de la barbarie. Un país como la Argentina tiene dos fuentes, dos brazos, dos rostros que deben fundirse. El rostro final de Laprida no es ni el del bárbaro ni el del civilizado. Tampoco es una suma de los dos. Es la compleja trama que origina una nueva figura: la del hombre sudamericano.

MILCÍADES PEÑA, LA INTERPRETACIÓN BASADA EN LA LUCHA DE CLASES

La mejor, la más impecable interpretación que el marxismo argentino ofreció del peronismo surgió de la pluma de Milcíades Peña. Milcíades nació el 12 de mayo de 1933 y murió, suicidándose, el 29 de diciembre de 1965. Fue un hombre de una inteligencia luminosa. Si, sobre todo, entendemos inteligencia en tanto rigor para seguir una teoría y aplicarla. Por medio –y esto es muy importante– de una escritura ágil, lúcida, irónica, precisa, *rigurosa*. Muy tempranamente descubrí a Milcíades en las viejas ediciones de Ediciones Fichas, a fines de los años sesenta, comienzos de los setenta. Uno elige sus contendientes y hay en eso, ciertas veces, una oculta admiración. Admiré a Peña hasta el plagio. De hecho, el primer trabajo que publiqué en la revista *Envido* –en 1970– se llamó *El extraño nacionalismo de José Hernández.* Había tomado la idea central de un texto –breve, tendría no más de una página y media– de Milcíades. Escribí un trabajo largo, fundamentado por otras fuentes. Dos cosas me llevaron a no reconocer mi deuda con él: 1) Mi inexperiencia. O mi joven vanidad: quería ser original. Me moría por ser original; 2) El mayor desarrollo que mi trabajo tenía sobre el tema que *ya* Peña había tratado. ¿Por qué reconocer como fuente una anotación suya casi fugaz? Grave error. Al salir, mi trabajo fue bien aceptado y recogí los reconocimientos que buscaba. Incluso el de la originalidad. A lo largo de los años me fueron señalando mi silencio: Peña había escrito antes que yo sobre las contradicciones o los fundamentos ideológicos de *Martín Fierro* y de su autor, Hernández. Esa crítica, sobre todo, la hizo Horacio Tarcus en un libro que dedicó a Peña y a Silvio Frondizi y cuya lectura recomiendo vehementemente. (*Nota*: Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Ediciones El Cielo por Asalto, 1996. Se verá que Peña jamás fue un marxista que yo haya olvidado. Incluso suelo intentar convencer a más de un editor acerca de la necesariedad de reeditar su obra. Mis alumnos saben el respeto con que lo trato en clase. Incluso este año –sin saber yo que estaba presente– me lo agradeció, al final de una larga exposición de *Masas, caudillos y elites*, su hijo Milcíades.) Aclaro que, en ese libro, Tarcus ataca duramente mi libro *Filosofía y nación.* Defiende a su biografiado. No importa si tiene o no razón. Quiero señalar otra cosa: si yo discutí con Peña en ese temprano ensayo (*Filosofía y nación*) fue porque lo admiraba. No me hubiera medido con otro. Hoy, tantos años después, lo elijo para ejemplicar una perfecta interpretación marxista del peronismo. Habrá acuerdos o desacuerdos, pero es el primer texto del que me ocupo. Está lleno de libros que diversos periodistas han escrito o escriben sobre el peronismo. Ninguno araña el rigor de Peña. Nada más saludable que encontrar alguien sólido con quien discutir. Eso fue y es Peña para mí: un contrincante de lujo. Y muchas veces un aliado.

Peña –en el citado *Masas, caudillos y elites*– inicia su análisis del peronismo en el capítulo *Un coronel sindicalista*. Perón, dice, ha venido a terminar con la lucha de clases. El Estado habrá de tutelar ese enfrentamiento y conciliará a obreros y patrones. La lucha de clases, escribe, no se dejará abolir. Pero, de esa lucha, habrá de aprovecharse el "coronel sindicalista". Señala el carácter virginal del nuevo proletariado. De los migrantes que llegaban intocados a la gran urbe. *Sobre ellos habrá de construir Perón su liderazgo.* "La mayor parte del nuevo proletariado (anota), de los trabajadores de origen rural recién ingresados a la industria, permanecía fuera de los sindicatos y era campo virgen para el proselitismo de los sindicalistas peronistas" (*Masas, caudillos y elites*, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1971, p. 61). Pero resulta apresurado hablar de "sindicalistas peronistas". Quien mantiene, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión, un diálogo directo, abierto, con los migrantes es el propio Perón, cuya estructura, hasta el momento, es sólo la que le aseguró su pertenencia al GOU. Peña, a renglón seguido, lo reconoce: "Desde las oficinas de la Secretaría de Trabajo y Previsión se fue estructurando así una nueva organización sindical que culminaría en la CGT del período 1946-1955 y cuya primera y fundamental característica era depender en todo sentido del Estado que le había dado vida" (*Ibid*., p. 61). El proceso es simultáneo: Perón forma *su* organización sindical en la medida en que atrae a quienes conforman el *nuevo sujeto político*, los migrantes. Acude a viejos sindicalistas de todo origen. Pero el *sindicalismo peronista* no estaba "esperando" a los migrantes. Se forma con ellos, se nutre de ellos. El proyecto es uno. Es paralelo. Perón capta al *sujeto* desde la Secretaría de Trabajo y, una vez realizada esta tarea o para completarla, para darle forma, encuadra al *Sujeto* en un sindicalismo que él, Perón, controla y habrá de controlar desde el Estado. Un Estado –señalemos ya esto– que la nueva clase obrera jamás dejará de ver, sentir o interpretar como *su* Estado, el Estado que habrá de darle trabajo, derechos, el Estado que habrá de estar ahí sobre todo y ante todo para beneficiarla. Claramente: desde el inicio la clase obrera peronista ve al Estado de Perón como *su* Estado benefactor. Sin haber leído a Keynes.

Peña señala que la Secretaría de Trabajo empuja a los obreros hacia los sindicatos que ella controla. Sugiere –o más que sugiere– que la "presión" llega a ilegalizar o condenar "a la clandestinidad" a los otros sindicatos. Un punto muy discutible sobre el que no abunda. Por el contrario, escribe: "Pero el énfasis no se puso en la represión, sino en las *concesiones reales* a la clase obrera efectuadas a través de los sindicatos estatizados" (*Ibid*., p. 62. Cursivas nuestras). Pero, ¿terminarán esas *concesiones* beneficiando realmente al joven proletariado? En principio, son muchas: "Mejoras apreciables en los salarios y en las condiciones de trabajo, una marcada tendencia a favorecer a los obreros en los conflictos gremiales, el amparo concedido a los dirigentes y delegados frente a la tradicional prepotencia patronal en el trato con los obreros, *todo esto facilitó que los obreros se dejaran afiliar en los sindicatos estatizados*" (*Ibid*., p. 62. Cursivas nuestras). Peña, aquí, habrá de señalar que este proceso debió tener un signo contrario. Con Perón (es apresurado hablar aquí de "peronismo"), los obreros no *fueron* hacia los sindicatos, no se *movieron* hacia ellos. Esto habría sido lo correcto: una clase obrera que, desde sí, organiza su propio sindicalismo. Digámoslo ya: *una clase obrera autónoma, no heterónoma*. Por el contrario, "los sindicatos –la Secretaría de Trabajo– fueron hacia los obreros. Así se creó la nueva Confederación General del Trabajo (CGT) que pronto unificó en su seno a la totalidad de la clase obrera" (*Ibid*., p. 62). Se crea una *organización poderosa.* Pero ese poder es el poder de la organización, no el de la clase obrera. Esa CGT es fruto del proyecto de construcción de poder de Perón pero no es fruto de las conquistas obreras. Los obreros no conquistan nada. El Estado, por medio de la CGT, habrá de concederles las mejoras que necesitan y por medio de esas mejoras habrá de conquistar su respaldo político. Se plantea un problema: ¿qué grado de combatividad, de lucha, podrá tener una clase obrera creada en exterioridad, desde el Estado y los sindicatos del Estado? Lo esencial de la nueva CGT es que *no ha surgido de una movilización autónoma de la clase obrera*. Pudo ser creada porque el *sujeto político* que nucleó carecía por completo de experiencia política y sindical. Recién entraba a la industria. Recién llegaba a las ciudades. Aquí, los esperaba el "coronel sindicalista". Un astuto flautista de Hamelin que habría de seducirla con beneficios que les llegaban, a los silvestres, inocentes migrantes, verticalmente, desde el Estado. Tuvieron los beneficios pero no tuvieron que luchar por ellos. De este modo, se conforma un proletariado pasivo, que lo espera todo de la bondad de su líder, el "coronel sindicalista", y del Estado que el líder controla. Una clase obrera es *autónoma* cuando crea sus propias organizaciones. *Cuando conquista sus derechos*. Cuando sus organizaciones son controladas desde el Estado, cuando sus derechos se le conceden como "beneficios" es *heterónoma*. Algo es "heterónomo" cuando lo que tiene le ha sido dado. No lo conquistó desde la lucha. La "lucha" contra las clases que la oprimen es central para la clase obrera. Si hay un Estado que le "concede" beneficios sin impulsarla a luchar por conquistarlos, ese Estado la condena a la pasividad, a la mansedumbre, elimina en ella la "lucha". Al eliminar la "lucha" elimina el conflicto de clases. Es el Estado, entonces, el que se transforma en el árbitro entre las clases. A esto se le llama *bonapartismo*. (Volveremos sobre este tema.)

EL TAN INVOCADO "PUEBLO PERONISTA"

Sin embargo, Peña detecta que las clases propietarias están indignadas con "el coronel sindicalista". Lejos de agradecerle el evitar un conflicto de clases. Impedir que el proletariado luche por sus verdaderos derechos contra quienes lo explotan. Lejos de agradecerle a Perón el sagaz control del posible alzamiento obrero que habría provocado la concentración urbana creada por la industria, se le enfrentan, le dicen nazi y demagogo. "Por cierto (escribe Peña), las positivas mejoras que la clase obrera recibía fueron inclinándola poco a poco en favor de Trabajo y Previsión y muy particularmente del Coronel Perón. Pronto las organizaciones de la burguesía argentina –Unión Industrial, Sociedad Rural, Cámara de Comercio, etc.– comenzaron a indisponerse con el secretario de Trabajo y se empezaron a escuchar acusaciones de demagogia" (*Ibid*., p. 63). Lejos de advertir que Perón les estaba haciendo el inmenso favor de frenar una "revolución social" o, sin más, "socialista", la oligarquía, aliadófila ella, veía al coronel como un fascista y cantaba "La Marsellesa" el día de la liberación de París, algo que llevará a Borges a decir una frase famosa: que una emoción colectiva puede no ser indigna. Como la oligarquía no suele equivocarse en sus odios, convendrá mantener entre paréntesis la teoría que hace de Perón el abortista maquiavélico de una revolución obrera. Pareciera, por el contrario, que el "control social" del líder obrerista implicaba un costo excesivo que la oligarquía no estaba dispuesta a pagar porque, sobre todo, lo consideraba innecesario. Si así fuera sería recomendable no insistir con una famosa bobería: que Perón impidió, frenó o controló un inevitable alzamiento revolucionario en la Argentina de los '40.

Aquí, con todo, se agita algo más importante. En un documental sobre la organización Montoneros, una ex militante desecha toda posibilidad de retornar a la violencia. Y, amargamente, dice: "¿Con este pueblo?" Acaso le había llevado tiempo conocer –*conocer verdadera, hondamente*– la naturaleza del tan invocado "pueblo peronista". Porque si el "pueblo peronista" surge a la historia nacional como Peña lo plantea, pedir, en los setenta, a ese "pueblo" que transforme sus casas en "fortines" (*A la lata, al latero, las casas peronistas son fortines montoneros*) implicaba un grave desconocimiento de su historia. Grave, porque se trabajaba con una *materia prima* inadecuada para el proyecto político revolucionario en que se la quería incluir. O grave –también– si se buscaba *construir* el mito de un *pueblo peronista* combativo, que si había estado, en los cuarenta y en los cincuenta, dispuesto a "dar la vida por Perón", estaría ahora, en los setenta, dispuesto a "dar la vida" por un proyecto socialista, emancipatorio. Un proyecto que formara parte de los movimientos de liberación del Tercer Mundo.

PROXIMO DOMINGO

PRIMERA PARTE

Hacia el primer gobierno de Perón

Pueblo peronista y conciencia de clase